

Ernst Toller

A LOS MUERTOS DE LA REVOLUCIÓN



Hay algunos personajes que pasan desapercibidos en la actualidad, a pesar de la importancia y trascendencia que tuvieron en su momento. El paso del tiempo, el desconocimiento y el olvido en muchas ocasiones son el peor enemigo. Sin embargo, siempre hay momentos donde diversos estudios hacen que el personaje salga a la luz, se vuelva a situar en su justa medida y sirva para reivindicarlo o recordarlo.

Cuando la “República de Consejos de Baviera” es declarada el 7 de abril de 1919, los anarquistas quedan representados por Erich Mühsam, Gustav Landauer, Ret Marut [Bruno Traven] y Silvio Gesell, mientras Ernst Toller asume la Presidencia del Consejo Central.

Toller, escritor, dramaturgo y poeta, será influenciado por Gustav Landauer e intentará también con Erich Muhsam impulsar en el ámbito cultural el teatro popular.

Aquí les ofrecemos un puñado de sus poemas, rescatados de la Red y un par de artículos que nos acercan su figura.

Ernst Toller

A LOS MUERTOS DE LA REVOLUCIÓN

Ernst Toller, entre la II República y la Guerra Civil española, de Christoph Ehlers, extractado de *Magazin 28*:

<https://dx.doi.org/10.12795/mAGAzin.2020.i28.09>

Ernst Toller (1893–1939) de Florencia Abbate

Extraído de Academia Edu:

https://www.academia.edu/118925120/Ernest_Toller?email_work_card=view-paper

Poemas extraídos de:

<https://rialta.org/ernst-toller-poemas/>

<https://faustomarcelo.blogspot.com/2018/11/poemas-de-ernst-toller.html>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Ernst Toller

ÍNDICE DE CONTENIDO

Ernst Toller, entre la II República y la Guerra Civil española. Christoph Ehlers

Chimeneas de fábrica al amanecer

Cadáveres en el bosque

A los muertos de la revolución

Por los muertos de la revolución

Primavera

Camino a la trinchera

El visitante

Alemania

Roto

Un hombre está gritando

El paredón de fusilamiento

Centinela

El paseo de los prisioneros

Noviembre

Pesadilla

Crepúsculo

En memoria de Ernst Toller. W. H. Auden

Ernst Toller (1893–1939). Florencia Abbate

ERNST TOLLER, ENTRE LA II REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Christoph Ehlers
Universidad de Sevilla

Extractado de *Magazin 28* de una reseña del libro de Ana Pérez con el título arriba indicado

Muchas veces, la Filología da la impresión de practicarse alejada del mundo, en celdas universitarias de gruesos muros y altos estantes, a las que no llega el ruido de la actualidad y en las que se recluyen extasiados los expertos ante preguntas tan relevantes como la adjetivación en antiguo bajo alemán o la simbología del color del cielo en

Novalis. Todas evidentemente justificadas e incluso fascinantes para los integrantes de esa corte con aire elitista, pero, visto desde fuera, de una aparente circularidad y superficialidad que a muchos legos les hace preguntarse: ¿Y eso, para qué? ¿Qué aporta?

Es recurrente esa crítica a la supuesta poca ‘utilidad’ de los estudios humanísticos, las Geisteswissenschaften en su torre de marfil, y más aún en nuestra era hipertecnológica, bajo el dominio de las ciencias naturales ‘duras’ y la presión de la mercantilización. Pues bien, la obra que nos ocupa, fruto precioso de una modélica labor de investigación filológica, paciente, meticulosa y muy bien escrita, demuestra todo lo contrario. Deja bien claro que los estudios literarios pueden ser útiles y hasta necesarios para nuestra sociedad, para arrojar luz sobre personajes fascinantes injustamente olvidados y suministrar herramientas para actuar en el presente. En este caso, es una valiosa aportación a la labor ilustrada de combatir aquí y ahora el autoritarismo populista y reaccionario que se cierne de nuevo sobre nosotros.

Veinte años antes de su tristísimo final, como les ocurrió a otros muchos artistas e intelectuales alemanes de la República de Weimar (Grosz, Beckmann, Benn, Tucholsky...), la experiencia de la ‘Gran Guerra’ a la que se había alistado como voluntario, había convertido a Toller en un pacifista y anarquista radical de verbo arrasador.

En Múnich, donde había sido alumno de Max Weber, se une a la Revolución alemana de 1918 y la República Bávara de los Consejos, la Räterepublik. El experimento utópico, liderado por pacifistas radicales y anarquistas como el propio Toller, Kurt Eisner, Otto Feige (verdadero nombre del gran Bruno Traven), el gran poeta Erich Mühsam o el escritor Gustav Landauer –cuya primera acción de gobierno fue la abolición del castigo corporal en las escuelas bávaras–, hubo de terminar pocos meses después en un bestial baño de sangre perpetrado por las milicias reaccionarias *Freikorps*.

Gracias a la intercesión de su mentor Max Weber, del que había sido alumno, su pena de muerte fue convertida en cinco años de reclusión severísima, prácticamente entera en régimen de aislamiento. Llama la atención la dolorosa comparación con la condena a Adolf Hitler pocos años después por el mismo delito de rebelión, pero en el caso de este último cumplida en una especie de arresto domiciliario del que saldría liberado a los pocos meses, prueba evidente de una justicia de clase antidemocrática heredada de las jerarquías del viejo Imperio, uno de los grandes lastres de la joven democracia alemana. Hitler aprovecha la cárcel para escribir *Mein Kampf*, mientras Toller da a luz a sus exitosas obras de teatro expresionistas *Masse Mensch*, *Der deutsche Hinkemann*, *Die Maschinenstürmer* y el poemario *Das Schwalbenbuch* en el que procesa su lucha con la dirección de la prisión por poder conservar un nido que una golondrina había hecho en su celda...

Su caracterización positiva e idealizada de la clase obrera no le impide ver el machismo atroz, el peso asfixiante de la Iglesia y las élites tradicionales, el gran retraso social y económico, en fin, la debilidad de una República en la que reconoce la de Weimar y de la que presiente también pronto su trágico fin.

La segunda de las cuantiosas referencias importantes que quisiera subrayar aquí es el análisis de la naturaleza misma de la Guerra Civil española por parte de Toller. La derecha española actual sigue defendiendo hoy las tesis de la propaganda fascista sobre el papel de la II República y la ‘necesidad’ de un golpe militar para salvar al país del caos y el comunismo.

Toller, testigo directo y en estrecho contacto con las personalidades del momento, desmonta esta falsedad histórica: “Hay que decirlo una y mil veces: es mentira que la lucha se desarrolla entre comunismo y fascismo.

¿Existen analogías entre Weimar y ‘la Segunda’? Preguntada la autora de *Ernst Toller, entre la II república y la guerra civil española* por la comparación, Pérez misma discrepa decidida a la hora de trazar paralelismos entre los dos fugaces periodos democráticos. Para ella, las diferencias –economía industrial frente a agraria, peso de la Iglesia y fuerza del movimiento anarquista en España etc.–, son demasiado evidentes, pero Toller considera la proclamación de la República una verdadera ‘revolución democrática’ en la

que ve posible la realización de su ideal anarquista de una gran hermandad humana, en igualdad, libertad y justicia.

Son cada vez más los académicos conscientes de su importante función social, por ejemplo los grupos de científicos que combaten el negacionismo climático, o el lingüista George Lakoff y sus muy útiles análisis de las trampas retóricas de Donald Trump.

La fascinante figura y vida de Ernst Toller gritaba por ser rescatada del doloroso olvido. Como muchos autores expurgados por los nazis no entró en el canon literario de la República Federal después de la guerra, habiendo sido el dramaturgo más conocido y relevante de los años 20 en Alemania. En España, hoy es casi un perfecto desconocido.

Este libro es un merecido y necesario homenaje a la titánica batalla de Toller. Cómpralo para leerlo en privado, y pídanlo para sus bibliotecas para que lo conozcan sus estudiantes. Es necesario.

[Dedico esta reseña a la memoria de mi amigo Karl Heisel.
D.E.P.]

Chimeneas de fábrica al amanecer

Forjan sus seres acosados en el precipicio.
Se dividen a través de la niebla como hachas
para que cada respiración se rompa a su alrededor.
La mañana se anuncia con risas moradas.
El cielo se inunda de un azul profundo.
Ellos vigilan,
afilados y afeitados y grises,
allí desnudos y como perdidos en el éter.
Nace dios

Traducción: Fausto Marcelo Ávila

Cadáveres en el bosque

Un cúmulo de abono de cuerpos humanos
putrefactos:

Ojos vidriosos, inyectados de sangre,
fracturas de cerebro, escupidas agallas,
aire envenenado por el hedor de los cadáveres.

Un grito terrible de locura.

¡Oh, mujeres en Francia,

Mujeres de Alemania,

miren a sus hombres!

Hurgan con las manos rotas.

Por los cuerpos hinchados de sus enemigos,

los gestos, rígidos de muerte,

se convierten en el toque de hermandad.

Sí, se abrazan,

¡Oh, horrible abrazo!

Veo y veo y me siento mudo.

¿Soy una bestia, un perro asesino?

Hombres violados

asesinados.

Para contener a la bestia,

mi rifle brilla,

para fijar el cañón

para fijar el cañón negro a la luna lechosa.
El grito del búho
El grito del búho nival.
Un bebé
Un bebé gime en el pueblo.
La bala,
La bala,
lobo traicionero,
irrumpe en la casa de dormir.
La noche huele a flores de limonero.
charcos de barro,
se arrastran.
Sobre hombres congelados en trincheras
tropiezan.
Dedos muertos caen
y golpean puertas podridas.
Señales–cohetes,
cadáveres–linternas...
Propensos a la muerte,
Ellos cincelan su fuerza en el cielo del amanecer.
Un montón de estiércol
de cadáveres en descomposición.

Traducción: Fausto Marcelo Ávila

A los muertos de la revolución

Cuerpos consagrados por la muerte,
opuestos con denuedo
a la alianza con rudos opresores,
os derribó un oscuro gesto del destino.

El que abre el camino muere en el umbral,
pero ante él se inclina con respeto la muerte.

Traducción: Francisco Díaz Solar.

Por los muertos de la revolución

Postrados a la muerte, los cuerpos
ahorquillados en motín
contra el collar
de la peste cruda,
su destino purificado
con el gesto oscuro.

Por quien prepara los caminos,
para hundirse en la parrilla,
la muerte se lanza aún
ante él, en reverencia.

Primavera

En primavera voy a la guerra,
a cantar o a morir.

¿Qué me importan mis propios problemas?
Hoy los destrozo, riendo a carcajadas.

Oh, hermanos, sepan que la joven primavera llegó
en un torbellino.

Despréndanse pronto de la fatigada pena
y síganla en una hueste.

Nunca he sentido con tanta fuerza
cuánto te amo, oh, Alemania,
mientras la magia de la primavera te rodea
en medio del bullicio de la guerra.

Camino a la trinchera

A través de cráteres de granadas,
de charcos inmundos
van chapoteando.

Tropiezan
con soldados
que tiritan de frío en sus hoyos.

Por el camino se deslizan ratas silbando,
una lluvia tempestuosa toca con dedos de muerto
a puertas carcomidas.

Cohetes lumínicos,
faroles de calamidad...

A la trinchera, a la trinchera.

Traducción: Francisco Díaz Solar.

El visitante

Las paredes chillan con los ojos
de palomas destrozadas, los dientes relucientes de la
comadreja,
el vago forcejeo de los aterrorizados.
El corazón se aferra a la mano del prisionero.
Late eternamente, canción del desierto,
mientras los francotiradores lo rodean.
Y aun así emerge de la aglomeración de celdas congeladas.
Absorto en las espirales de una vida asfixiada,
mira hacia el interior, bebe del manantial de Dios...

Y el visitante se estremece. Viene para nada.

Alemania

A través de la reja de mi celda
veo niños jugando.
Atrapados allí, encogiéndose allí,
años de prisión... años de tortura...

Alemania,
tus hijos
ya no jugarán
como niños.

Roto

Rompe el cáliz de cristales brillantes,
del que caen milagros de perlas,
como polen de tulipanes de color rojo oscuro.

Caminamos por el mundo crepuscular de las maravillas,
escogimos cuentos de hadas de ensueño con
manos suaves,
de los rayos del sol formados por catedrales llenas de fe,
de puertas de altos arcos cayeron ofrendas de rosas.

¡Allí! ¡Animales asesinos que se arrastran,
llamas que salpican la tierra!

Miramos hacia arriba, nuestros ojos brillaban como en un
sueño.

¡Y oímos a gente cerca de nosotros gritar!

Vimos las orgías vulgares celebradas,
Europa empapada, desnuda, de polvo,
mentiras arremolinadas brotaban de los pozos,
el humo envolvía espirales sobre nuestras cabezas,
la desesperación rechinaba a nuestros pies.

Un hombre está gritando

Un hermano que llevó un gran conocimiento
Por todo sufrimiento y toda alegría,
Por las apariencias y el desprecio atormentador,
Un hermano que llevó un gran deseo,

Para erigir grandes templos de alegría
y abrir las puertas al gran sufrimiento,
listos para hacerlo.

El grito apretado, llameante y duro:

¡El camino!

¡El camino!

Tú, poeta, sigue adelante.

El paredón de fusilamiento

Como del cuerpo de San Sebastián,
al que mil flechas hicieron mil heridas
se abrieron cortaduras y grietas en la piedra,
desde que absorbió tanta sangre la arena.
El muro se encorvó, de oír gritos y alaridos,
de ver mujeres pidiendo un tiro al corazón
y hombres girar cual trompos movidos por las balas,
y niños que rogaban con manos destrozadas.
Como el crimen frenético se prolongó por días,
y escupidas de odio mancillaron la tierra,
como se oía una risa ebria de bayonetas
y como Dios fue ciego y fue impotente y pobre,
se vio al dolido muro con inmenso clamor
sepultar los cadáveres en su pétreo corazón.

Traducción: Francisco Díaz Solar.

Centinela

Cielo estrellado.
Monstruo sometido,
reluce mi fusil,
mira por negro tubo
a la lechosa luna.
Chilla la lechuza.
Gime un niño en el pueblo.
Un proyectil,
lobo imprevisible,
penetra en la casa durmiente.
A flores de tilo huele la noche.

Traducción: Francisco Díaz Solar.

El paseo de los prisioneros

En sus ojos vacíos van con ellos sus celdas,
encandilados peregrinos, tropiezan en el patio.
Proletarios que asfixia el calabozo,
proletarios que pisotea un párrafo.

En el rincón acechan guardianes traicioneros.
Llega una turbia luz castrada por arbustos
y trepa la coraza de los rígidos muros,
palpa flácidos cuerpos y se quiebra.

Ante el portón se extingue el hormiguero urbano.
«De la basura brota verdor en primavera»
piensa uno, y termina la ronda fatigado.

Se detiene y contempla el cielo, parpadeando.
Como herida violácea el firmamento se abre:
herida que arde y arde y no llega a cerrarse.

Traducción: Francisco Díaz Solar.

Noviembre

Las ciudades están tan lejos, los humanos viven allí.

El nudo te ahoga la garganta, un

horror gris te acaricia las extremidades.

¿A quién contemplará la libertad?

¿Cuándo, por fin, se alzarán las larvas?

Pesadilla

La conciencia del pueblo se acurruca
sobre un poste carcomido.

Alrededor del poste danzan los huesos de tres niños.

Del vientre de la joven madre brota:
el pulso de la oveja bala, ¡baa, baa!

Crepúsculo

Delgadas sombras se deslizan por las paredes grises.
El que grita en un motín se agota en un sueño.
La quietud marrón se extiende como una suave ola.
Y a menudo una luz helada llena la habitación ahogada.
Las figuras te invitan al círculo sin espíritu
donde la danza de los abrigos se disuelve en silencio,
donde el amanecer rompe en un repique de campanas.

Traducción: Fausto Marcelo Ávila

En memoria de Ernst Toller

W. H. Auden

El brillante y neutral verano no tiene voz
para juzgar a América ni para preguntar cómo muere un
hombre;
y los amigos tristes y los enemigos alegres

son perseguidos por sus sombras, alejándolos suavemente
de la tumba
de alguien que fue egoísta y valiente,
para que no aprendieran a perdonar sin sufrir.

¿Qué fue, Ernst, lo que tu sombra dijo sin querer?

Oh, ¿vio el niño algo horrible en el cobertizo
hace mucho tiempo? ¿O acaso la Europa que se refugió en
tu cabeza

ya estaba demasiado herida para sanar?

Oh, ¿cuánto tiempo, como las golondrinas en esa otra celda,

habían estado los brillantes y pequeños anhelos volando para contar

sobre la gran muerte amistosa que acontece afuera, donde la gente no se ocupa ni se esconde; sin ciudades como Múnich; ¿no hay necesidad de escribir?

Querido Ernst, yace sin sombra al fin entre los otros caballos de batalla que existieron hasta que hicieron algo que fue un ejemplo para los jóvenes.

Nos viven poderes que fingimos comprender: ellos organizan nuestros amores; son ellos quienes dirigen al final la bala enemiga, la enfermedad o incluso nuestra mano.

Es su mañana el que se cierne sobre la tierra de los vivos y todo lo que deseamos para nuestros amigos; pero existir es creer.

Sabemos por quién lloramos y quién está de luto.

ERNST TOLLER (1893–1939)

Florencia Abbate

*Publicado en el suplemento cultural
del diario “El País” (Montevideo) en 1999*

Ernst Toller, dramaturgo y poeta, fue si se quiere un escritor comprometido en el mejor sentido del término. *“¿Tenemos derecho, por razones estéticas, de callar el sufrimiento de aquellos que no han recibido el don de expresar lo que sufren?”*, se preguntaba. Pero creía también que producir obras con moraleja era convertir al artista en una de esas abuelas que obsequian almohadones bordados con sentencias: *“No hay obra de arte sin tendencia. Lo decisivo es la manera en que ésta se expresa. Si desde el alma: con una fuerza que quiero llamar religiosa; o desde la epidermis: a modo de cartel”*.

Una obra polémica

Hijo de una familia judía, nació en 1893 en Samotschin – una aldea polaca anexada a Prusia–, y dejó su ciudad para estudiar filosofía y literatura en Munich. A los 20 años se alistó a combatir por su país en la Guerra Mundial. Formó parte de los Consejos Obreros, y debido a una ironía del destino, ya que era en realidad un pacifista, se vio obligado a comandar el Ejército Ruso de Baviera en 1919. Su participación duraría seis meses: la Revolución Conservadora lo sorprendió luchando y lo juzgó ante un Tribunal. “*Dios lo ha convertido en político en un momento de cólera*”, dijo Max Weber, que había sido su profesor y se presentó ante el Juez como testigo en su defensa. Toller fue condenado a cinco años de prisión en una fortaleza, donde escribió algunas de sus principales obras: *La transformación* (1919), *Hombre-masa* (1920), *Los destructores de máquinas* (1922) e *Hinkemann* (1924). Traducidas a más de diez idiomas, hoy son consideradas el más descollante exponente del expresionismo en el teatro de la época; y comienza a resurgir su importancia que había sido ensombrecida por la de Bertolt Brecht.

Le tocó en suerte escribir en un clima signado por las duras condiciones que, al terminar la guerra, el Tratado de

Versalles impuso a Alemania. Se espantaba de que al lado de la corrupción y el arribismo, la sociedad cultivara el puro arte teatral igual que una casta flor en un rincón. Sufrió por verse impedido de acudir a la representación de sus obras, aunque a través de los diarios le llegaban los efectos que éstas producían. En Dresde un diputado juntó firmas para que las levantasen, dado que con ellas *“el teatro alemán queda deshonrado”*. *Hombre-masa* fue prohibida por el gobierno bávaro. Con ocasión de la puesta de *Hinkemann*, los nazis enviaron cartas a los actores amenazando con matarlos en escena. En Viena, las milicias obreras debieron defender el Raimund-Theater contra el asalto de las cruces esvásticas. En Bautzen, como compensación, un grupo de jóvenes instaló su vivienda, colgando en la puerta un cartel que decía: *“En homenaje a un director / Que hoy muy pocos conocen / Denominamos esta casita: / Casita Ernst Toller”*.

El luchador independiente

Mientras muchos pretendían rescatar a la nación de la mano de una elite masculina (no domada por el “efecto feminizante” de la moral cristiana y burguesa), Toller tuvo la osadía de poner en boca de un personaje femenino sus propias ideas. Como hacía al Estado capitalista responsable de la guerra, vio en él un *golem*, un falso ídolo que reclamaba

ilimitados sacrificios. Así, la principal protagonista de *Hombre-Masa* le dice a su marido, un patriota: “¿Quién ha construido las prisiones? ¿Quién gritó ‘guerra santa’? ¿Quién ha sacrificado millones de vidas en el altar de un juego de cifras mentiroso? ¿Quién arrebató a sus hermanos el rostro? ¿Quién los redujo a meros engranajes? El Estado. Tú”.

Si aquellos hallaban en la tecnología la materialización de la voluntad y la belleza –retomando la proclamación amoral de la estética por parte de Nietzsche–, Toller la representaba como el símbolo de un mundo devastado por la mecanización. En *Los destructores de máquinas* rescata del olvido la historia de los “ludditas”: 350 trabajadores que el 12 de abril de 1811, rompieron a golpes de maza las instalaciones y prendieron fuego a la fábrica de Nottinghamshire en Inglaterra. El autor se ocupó varios años del tema haciéndose enviar desde Londres libros a la prisión [el término “ludditas” aludía a Ned Ludd, el nombre de un líder inexistente que los obreros habían inventado para despistar al ejército].

Se ha dicho que Toller cultivó un anarquismo tolstoyano. Reticente a los partidos políticos, tuvo profundas disidencias con la izquierda. Estaba convencido de que las revoluciones atraen gente que “se agrega a ellas con intenciones aventureras, con confusos y oscuros sentimientos, por gozo en el movimiento, por la embriaguez y muchos otros motivos cuya suciedad no quiero describir”. También criticaba a los intelectuales que desgarraban sus ropas creyendo dar con

ese acto una “forma proletaria” a su vida. Y fue escéptico con respecto a la idea de que la revolución llegaría sólo a causa del curso natural de los acontecimientos, siguiendo una lógica inmanente de la Historia, como pretendía Marx; al recibir severas críticas por ello, respondió: *“Tales ofensas me recuerdan el comportamiento de un amigo de infancia. El creía en el sol, yo creía en la lluvia. Cuando, sin embargo, terminó por llover, él me tiró su sombrero de paja contra la cabeza y dijo que yo tenía la culpa”*.

Arte y encierro

Su correspondencia (publicada bajo el título *Cartas desde la prisión*) fue durante ese periodo de su vida un medio de expresión lírica y de liberación interior. Su tono epistolar es sencillo y poético; se destacan los espacios en blanco, las insinuaciones y, sobre todo, un silencio que aparece como más subversivo que las mismas palabras. En este sentido, no es de extrañar que dijese padecer más que nada los ruidos: los gritos de las celdas vecinas, los crujidos de las puertas enrejadas, el pasar lista de los carceleros y el taconear de las botas en las losas. En las cartas a su amigo Stefan Zweig, asegura que la cárcel conoce penas que, como un ejército de ratas, invaden el cuerpo, anidan en él y lo roen; pero que la literatura es de algún modo como el flautista de Hamelin:

obedeciendo a su melodía, el ejército desaparece. A Tessa, su mujer, le cuenta cuáles son sus aliados: el *Libro de las horas* de Rilke, *la Biblia* de Lutero, *Prometeo encadenado* de Esquilo, *Hyperion* de Holderlin y Epicteto cuando su serenidad amenaza hacerse añicos.

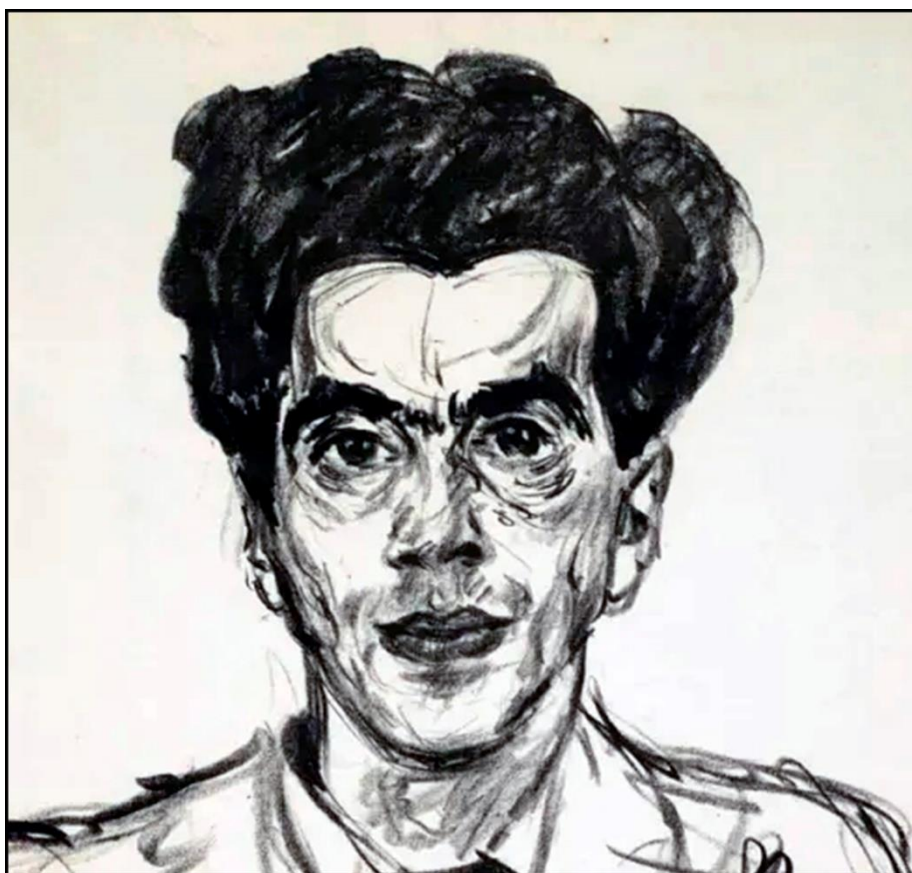
A pesar de la rugosa soledad de la prisión, allí tuvo el sentimiento de ver más claramente el aspecto de su tiempo “*más claras las líneas y menos borrosas que cuando vivía en libertad, impresionado por acontecimientos pasajeros que parecen grandes*”. Pero quizá el hecho más relevante es que el encierro lo dotó de una forma peculiar de emplear el lenguaje. Como apuntara Jorge Luis Borges, la censura es la madre de la metáfora; dice Toller: “*Ya al escribir cartas uno siente el zarpazo inexorable del censor. El contenido le parece a él demasiado insignificante. Por ejemplo “Le envía a usted muchos saludos...”, y la carta es secuestrada por su contenido disimulado. Uno se hace un acróbata de las palabras*”. Lamentablemente, dichos obstáculos tuvieron también un costado lamentable: el manuscrito de su volumen de poemas *El libro de las golondrinas* fue secuestrado por la vigilancia y no volvió a saberse nada de él.

Entre la dignidad y la derrota

Tras el éxito de *La transformación* le ofrecieron el indulto, pero lo rechazó declarando que renunciaba ser puesto en libertad mientras sus camaradas, los otros guardias rojos, quedasen encerrados. Con un talante de dignidad similar, mandó una carta a los directores de la fortaleza pidiendo: “*Ruego se me haga entregar una de mis cajas de cartón, que necesito para proteger mi sombrero contra el polvo*”.

En 1924 terminó de cumplir la condena. Viajó a Palestina y a la URSS, donde produjo nuevas obras: *Estamos vivos* (1927), *La diosa ciega* (1933) y *Pastor Hall* (1939), entre otras. Abandonó Alemania definitivamente en 1932, y en 1936 se sumó a la campaña de solidaridad con la España Republicana. Desesperado luego de la derrota de los antifascistas españoles, se exilió en Nueva York. Sin trabajo y en plena miseria, se suicidaba en Mayo de 1939 en el hotel Mayflower.

En sus últimos años había oscilado entre dos fuerzas que no se reconciliaron. Por una parte, la decepción ante el hecho de que hubiese triunfado el nacionalsocialismo. Por otra, la convicción de que el arte debía seguir intentando producir un efecto transformador; buscando constituir, como quería Kafka, un hacha para el mar congelado en nosotros.



Ernst Toller retratado por Emil Stumpp